

## ARISTÓFANES: *Lisístrata*

(Se divisa la Acrópolis de Atenas al fondo. Es de mañana, y aparece en escena LISÍSTRATA.)

LISÍSTRATA: Si las hubieran invitado a una fiesta de Baco, a una gruta de Pan, o al promontorio Colíade, al templo de la Genetilde, no se podría ni siquiera pasar por culpa de sus tambores. Pero, así, ahora todavía no se ha presentado ninguna mujer. (CLEONICE sale de su casa.) Bueno, aquí sale mi vecina. ¡Hola, Cleonice!

CLEONICE: Hola, tú también, Lisístrata. ¿Por qué estás preocupada? No pongas esa cara, hija mía, que no te cuadra arquear las cejas.

LISÍSTRATA: Cleonice, estoy en ascuas y muy afligida por nosotras las mujeres, porque entre los hombres tenemos fama de ser malísimas...

CLEONICE: Es que lo somos, por Zeus.

LISÍSTRATA: ...y cuando se les ha dicho que se reúnan aquí para deliberar sobre un asunto nada trivial, se quedan dormidas y no vienen.

CLEONICE: Ya vendrán, querida. Difícil resulta para las mujeres salir de casa: una anduvo ocupada con el marido; otra tenía que despertar al criado; otra tenía que acostar al niño; otra lavarlo; otra darle de comer.

LISÍSTRATA: Pero es que había para ellas otras cosas más importantes que esas.

CLEONICE: ¿De qué se trata, querida Lisístrata, el asunto por el que nos convocas a nosotras las mujeres? ¿En qué consiste, de qué tamaño es?

LISÍSTRATA: Grande.

CLEONICE: ¿Es también grueso?

LISÍSTRATA: Sí, por Zeus, muy grueso.

CLEONICE: Entonces, ¿cómo es que no ha venido ninguna?

LISÍSTRATA: No es eso que piensas: si no, ya nos habríamos reunido rápidamente. Se trata de un asunto que yo he estudiado y al que he dado vueltas y más vueltas en muchas noches en blanco.

CLEONICE: Seguro que es delicado eso a lo que has dado vueltas y vueltas.

LISÍSTRATA: Sí, tan delicado que la salvación de Grecia entera estriba en las mujeres.

(...)

CLEONICE: Y ¿qué plan sensato o inteligente podrían realizar las mujeres si lo nuestro es permanecer sentadas, bien pintaditas, luciendo la túnica azafranada y adornadas con el vestido recto y con las zapatillas de moda?

LISÍSTRATA: Pues eso mismo es lo que espero que nos salve: las tunicillas azafranadas, los perfumes, las zapatillas, el colorete y las enaguas transparentes.

CLEONICE: ¿Y de qué manera?

LISÍSTRATA: De manera que desde hoy los hombres ninguno levantará la lanza contra otro.

CLEONICE: Entonces, ¡por las dos diosas!, me haré teñir una túnica de azafrán.

LISÍSTRATA: ...Ni cogerá el escudo...

CLEONICE: Voy a ponerme el vestido recto.

LISÍSTRATA: ...ni el puñal.

CLEONICE: Voy a ponerme unas zapatillas de moda.

LISÍSTRATA: Pero, ¿no tendrían que estar ya aquí las mujeres?

CLEONICE: No sólo eso, por Zeus, sino que hace ya rato que tenían que haber llegado volando.

LISÍSTRATA: Pero, mujer, ya verás cómo resultan ser muy del Ática: todo lo hacen tarde. La cosa es que ni siquiera ha venido ninguna mujer de los Páralos ni de Salamina.

CLEONICE: Pues por lo menos estas últimas yo sé que al amanecer han separado las piernas para montar sobre... los barcos.

LISÍSTRATA: Ni siquiera las que yo esperaba y calculaba que estarían aquí las primeras, las de los Acarnienses, ni esas han venido.

CLEONICE: Por lo menos, la mujer de Teógenes, para venir aquí, empinó (*hace ademán de beber*) la copa. Pero aquí están, ya se acercan algunas.

LISÍSTRATA: También llegan estas otras.

(...)

LISÍSTRATA: Es la salvación de Grecia la que proyecto. De las mujeres, sí, de las mujeres depende...

CLEONICE: ¡Pues sí que estamos bien!

LISÍSTRATA: Voy a decíroslo, pues no tiene ya que seguir oculto el asunto. Mujeres, si vamos a obligar a los hombres a hacer la paz, tenemos que abstenernos...

CLEONICE: ¿De qué? Di.

LISÍSTRATA: ¿Lo vais a hacer?

CLEONICE: Lo haremos, aunque tengamos que morirnos.

LISÍSTRATA: Pues bien, tenemos que abstenernos de la polla. ¿Por qué os dais la vuelta? ¿Adónde vais? Oye, ¿por qué hacéis muecas con la boca y negáis con la cabeza? ¿Por qué se os cambia el color? ¿Por qué lloráis? ¿Lo vais a hacer o no? ¿Por qué vaciláis?

CLEONICE: Yo no puedo hacerlo, que siga la guerra.

MÍRRINA: Ni yo tampoco, por Zeus: que siga la guerra.

LISÍSTRATA: Y, ¿tú eres la que dice eso, rodaballo? ¡Si hace un momento decías que te dejarías cortar por la mitad!

CLEONICE: Otra cosa, cualquier otra cosa que quieras. Incluso, si hace falta, estoy dispuesta a andar por fuego. Eso antes que la polla, que no hay nada comparable, Lisístrata guapa.

Aristófanes: *Lisístrata*

## PLAUTO: *Aulularia* o *La comedia de la olla*.

MEGADORO: Dime, ¿qué opinión te merece mi linaje?

EUCLIÓN: Buena.

MEGADORO: ¿Me tienes por una persona honorable?

EUCLIÓN: Desde luego.

MEGADORO: ¿Qué me dices de mi conducta?

EUCLIÓN: Digo que no es ni mala ni reprobable.

MEGADORO: ¿Sabes...la edad que tengo?

EUCLIÓN: Sé que es elevada, lo mismo que tus riquezas.

MEGADORO: Yo, por mi parte, bien sabe Dios que siempre he creído, y lo sigo creyendo, que eres lo que se dice un ciudadano sin tacha.

EUCLIÓN: (*Aparte*) A éste le da el tufo del oro. ¿Qué es lo que quieres entonces de mí?

MEGADORO: Puesto que tú estás bien informado sobre mi persona y yo sobre la tuya, ahora, lo cual sea para bien mío, tuyo y de tu hija, te pido que me la des a ella por esposa. Prométemelo.

EUCLIÓN: ¡Ah, Megadoro! Acabas de ejecutar una acción indigna de ti: te estás burlando de un pobre hombre que ningún daño ha causado ni a ti ni a los tuyos; ni por mis palabras ni por mis obras merezco que hagas lo que haces conmigo.

MEGADORO: Ni yo, por mi vida, he venido a mofarme de ti, ni me burlo, ni creo que venga ello a cuento.

EUCLIÓN: ¿Por qué, entonces, me pides la mano de mi hija?

MEGADORO: Para que tú veas acrecentado tu bienestar por mí y yo el mío por ti y los tuyos.

EUCLIÓN: Pues se me ocurre, Megadoro, lo siguiente. Tú eres un hombre poderoso y opulento; yo el más pobre de los pobres. Si ahora coloco a mi hija contigo, me imagino que tú vas a hacer el papel del buey y yo el del asno. Luego que el buey se encuentre uncido con el jumento, como éste no ha de poder soportar la carga del propio modo que aquél, sucederá entonces que yo, el humilde pollino, me quedaré tendido en el lodo, y tú, señor buey, no te dignarás volver los ojos hacia mí: ni más ni menos que si jamás hubiese yo existido. Es decir, que tú me tratarás sin piedad, y los de mi clase se burlarán de mí; que ni en el uno ni en el otro lado encontraré establo seguro como tengamos que separarnos;

pues los asnos me despedazarán a mordiscos y los bueyes me despedirán a cornadas. Es, pues, de gran peligro para mí pasarme de los asnos a los bueyes.

MEGADORO: Lo principal para ti es aproximarte por medio del parentesco a gentes honradas. Acepta mi proposición, no te hagas sordo a mis ruegos, y prométeme a tu hija.

EUCLIÓN: Pero cuidado, que no tengo dote que darle.

MEGADORO: Déjate de dotes. Venga ella con buenas costumbres y está bien dotada con esto.

EUCLIÓN: Lo digo porque no vayas a figurarte que me he encontrado algún tesoro.

MEGADORO: Lo sé bien: no es menester que me lo adviertas. Pero venga, la palabra...

EUCLIÓN: Hágase (Se oyen unos golpes de azadón). ¡Cielos! ¡Estoy perdido!

MEGADORO: ¿Qué te ocurre?

EUCLIÓN: ¿Qué golpes con cosa de hierro acabo de oír en este momento? Corro inmediatamente hacia mi casa. (Se va hacia dentro precipitadamente).

(...)

ESTROBILO: Mi amo ha hecho provisiones y ajustado unos cocineros, y a estas tocadoras de flauta en el mercado, y me ha encargado que haga aquí de todo esto dos partes iguales.

ANTHRAX: Por lo que toca a mí, te lo digo a las claras, a mí no me partes tú. Si quieres que vaya entero a cualquier parte, estoy dispuesto.

CONGRIÓN: ¡Bonito puto estás hecho! ¡Mira qué decente que es! Y a la postre, si alguien te lo pide, anda que no dejarías hacerlo...

ESTROBILO: Lo que yo decía, Anthrax, era en otro sentido que en el que tú aparentas haberlo tomado. Mi amo se nos casa hoy.

ANTHRAX: ¿Con quién?

ESTROBILO: Con la hija de Euclión, nuestro vecino. Por lo cual ha querido que se le den al buen hombre la mitad de las viandas, y además un cocinero y una flautista de estas.

CONGRIÓN: Conque la mitad para aquí (*señalando a la casa de Euclión*) y la otra mitad para allí.

ESTROBILO: Precisamente.

CONGRIÓN: Pues ¿no podía el viejo este hacer el gasto que le corresponde en las bodas de su hija?

ESTROBILO: ¡Ja!

CONGRIÓN: ¿Qué pasa?

ESTROBILO: ¿Qué pasa, dices? Una piedra pómez es menos seca que el corazón del viejo.

CONGRIÓN: ¿De verdad?

ESTROBILLO: Escucha y juzga por ti mismo. Es un hombre tal que llama en su auxilio a los dioses y a los hombres y jura que está perdido, completamente arruinado, si ve arder la más pequeña e insignificante astilla en su hogar; y, cuando se va a acostar, se tapa la boca con una bolsa de cuero.

CONGRIÓN: ¿Para qué?

ESTROBILO: ¿Para qué ha de ser? No sea que se le escape algo de aire mientras duerme.

ANTHRAX: ¿También se tapa el agujero de atrás, para que no se le escape el aire mientras duerme?

ESTROBILLO: Yo pienso que me deberías creer, igual que yo te creería a ti.

ANTHRAX: Sí te creo, hombre; sí te creo...

ESTROBILO: Pues hay más. Cuando se está lavando, gimotea por el agua que gasta.

CONGRIÓN: ¿No te parece que bien podríamos obtener de ese viejo usurero un buen dinero para comprar nuestra libertad?

ESTROBILO: ¿De él? Si le pidieras prestada el hambre, no te la daría; hace unos días le cortó su barbero las uñas y se llevó las recortaduras, después de haberlas recogido con el mayor cuidado.

Plauto: *Aulularia* o *Comedia de la olla*